

silencio, salió a abrir. Una vecina que barría la acera de su fachada, me comunicó entonces la desgracia: Ezequiel había muerto la última semana de noviembre. Por vez primera, mi joven cuerpo experimentó el devastador efecto de la angustia, el vacío al que te despeña la tristeza, el temblor oscuro de la desesperación...

Tardé apenas dos horas en llegar con mi bicicleta al Mirador de los Barrancos. Como tantas veces, me senté en la misma piedra —en nuestra piedra— para, con los ojos arrasados de lágrimas, volver a recorrer la pedriza salpicada de atormentados troncos de encina y a lo lejos, la eterna llanura cuajada de escarcha bajo la soledad gris de un cielo que esperaba —era casi la hora— el retorno silencioso del crepúsculo.

.....

Han pasado ya diez años desde su muerte. Y aún hoy, conservo en mi corazón todas las sonrisas entreveradas de lágrimas con las que me despedí de Ezequiel el último día de aquel verano. El último día del verano más feliz de mi vida.

**José Agustín Blanco Redondo**

